

La investigación en el campo de la subjetividad.¹

Autor: Gabriel O. Pulice

Quería comenzar la charla de hoy contándoles algo de nuestro recorrido, algunas ideas que fuimos desarrollando en los últimos años acerca de la investigación en Psicoanálisis... Hablo en plural porque lo que voy a presentar ahora aquí es en muy buena medida un trabajo compartido con dos colegas, Oscar Zelis y Federico Manson, que es con quienes nos fuimos comprometiendo en una labor que comenzó hace ya unos cuantos años, un poco como jugando, en un momento en el que compartíamos cierto espacio institucional y un poco irresponsablemente quedamos a cargo del área de investigación.

En relación a los temas que pensaba poner a trabajar con ustedes, me gustaría evocar esas primeras preguntas con que nos fuimos tropezando en nuestro recorrido... En primer lugar, ¿cómo pensar este cruce entre la investigación y el Psicoanálisis? Podríamos decir que recién en el último tiempo —estoy hablando, tal vez, de los últimos quince años, no mucho más— la *investigación* en el campo del Psicoanálisis dejó de ser mala palabra. Durante una larga temporada fue un término desprestigiado. Habrán visto ustedes que hay palabras y conceptos que son a veces definitivamente defenestrados, como por ejemplo el de *contratransferencia*... Otros tienen su tiempo de desprestigio, y en algún momento las cosas se ponen de nuevo en su lugar. El concepto de *investigación* tuvo en el campo del Psicoanálisis lacaniano su tiempo de desprestigio —ahora vamos a ir viendo a partir de qué momento, pues esto tiene que ver con una intervención de Lacan que ya vamos a comentar—, pero podríamos decir que muy al contrario de eso, en el inicio de la experiencia analítica, Freud le asigna a la investigación un lugar esencial. De algún modo, nosotros nos hemos reencontrado con este espíritu freudiano que se pone en juego ahí donde la clínica y la investigación son, para él, dos términos inseparables.

Vamos a trabajar en relación a eso una expresión freudiana muy interesante y que también incluye otro término que tiene mala prensa dentro del campo del Psicoanálisis, ahí donde Freud, vinculándolo a la investigación, habla de que es la vía por la que el Psicoanálisis encuentra su *poder terapéutico*, en esta preciosa conjunción —dice— entre *curar* e *investigar*. El poder terapéutico, pero fundamentalmente lo «*terapéutico*» de ese poder, también es algo que ha sido puesto en cuestión, y durante mucho tiempo se planteó como algo ajeno al Psicoanálisis, allí donde el Psicoanálisis se situaba en las antípodas de una terapéutica. Son conceptos que interesa ponerlos en contexto, interesa interrogarlos, por ejemplo, cómo conjugar esa búsqueda del *poder terapéutico* en Freud con otro concepto esencial en el campo del Psicoanálisis: el concepto de *abstinencia*. ¿Cómo conjugar la búsqueda de un *poder terapéutico* con la *abstinencia* señalada por Freud como algo esencial al lugar del analista?

El punto siguiente que me interesa abordar tiene que ver con la delimitación del campo de incumbencia del Psicoanálisis... Sería sencillo plantear que él coincide con el campo de lo *inconsciente*. Esto es una suerte de verdad consumada que no presenta dificultades para ser tomada por todo el mundo por valedera; probablemente, ningún psicoanalista estaría en desacuerdo con esto; pero pensamos que también tendría su interés poder plantearnos esa delimitación entrándole por otro costado. Por ejemplo, a partir de determinar, cuáles son los límites de la transmisión —incluso de la sobredeterminación— genética, y los malentendidos

¹ Conferencia dictada en la ciudad de Mendoza el 21/05/10, en el marco de la *Maestría en Psicoanálisis* de la *Universidad del Aconagua*.

que se generan en la asimilación del código genético con el lenguaje, ahí donde esta joven ciencia, la genética —que es una de las abanderadas del siglo XXI y que tiene toda la frescura del descubrimiento nuevo—, encuentra sin embargo su propio punto paradójico, tal como lo hemos desarrollado extensamente en otro lugar, a propósito de la historia de *Gattaca*... En donde la pregunta fuerte que allí se plantea aparece explicitada en el mismo slogan de difusión del filme: «¿...Puede la ciencia manipular el alma humana...?»². Esta es una pregunta muy fuerte.

Retomo entonces este breve punteo sobre las cuestiones que se nos fueron presentando y los temas que se fueron imponiendo a nuestro interés: «*Introducción a la problemática del objeto y el método*». Sobre ello, vamos a ver algunas indicaciones muy interesantes de Werner Karl Heisenberg, que es uno de los exponentes más importantes de la física —más precisamente de la física atómica— de la primera mitad del siglo XX, siendo uno de los investigadores que participó en los preliminares de la creación de la bomba nuclear. Hay una historia muy interesante en relación a esto, que hemos tomado para indagar las cuestiones relativas a la *Ética* en la investigación; esto quiere decir, qué *uso* se hace de aquello que se investiga o se descubre, aquello que se encuentra como fruto de una investigación, y cómo hay decisiones en juego que tienen que ver ya con la problemática del *sujeto* de la investigación. Se trata del encuentro de *Copenhague*, en el que se abre una fuerte discusión de profundas implicaciones éticas acerca de la subjetividad y el *deseo del investigador*³.

Es decir, partiendo de una vía de interrogación surgida en el seno de la *Física*, nos hemos internado en ciertas cuestiones que atañen propiamente a la investigación del sujeto, tomando al sujeto como *objeto de la investigación*. Algo que interesa al campo de la investigación en Psicoanálisis, pero no solamente: también podemos tomarlo en un sentido más amplio, poniendo en examinación al *sujeto que investiga*, desde dónde investiga, qué posición ética es aquella desde la cual investiga... en donde las formulaciones de Heisenberg nos alejan considerablemente de cierta idea ingenua en relación al investigador científico, esa idea de que el investigador sería alguien que simplemente se deja llevar por el puro y genuino interés de *Saber*. Hay algo que Heisenberg señala ahí, que lo destacamos porque nos parece muy interesante viniendo de uno de los más ilustres representantes de las ciencias duras: que él ubique justo allí la dimensión de lo inconsciente, allí donde el investigador «...*puede hacer lo que quiera — dice— pero no puede querer lo que quiera*». Aquí introduce una dimensión *ética* que no desentona en nada con la *Ética del Psicoanálisis* tal como la formulara Lacan, en donde el deseo del investigador está sustraído del ámbito de su conciencia. En relación a ello —va a ser hoy nuestro punto de llegada—, vamos a introducir luego, en el encuentro de mañana, cierto artificio óptico que hallé hace ya muchos años, y me ha resultado de mucha utilidad para poder pensar algunas cosas acerca de la consistencia de la realidad psíquica, la topología del aparato, y otras cuestiones como la relación entre las dos dimensiones clínicas de las que habla J. A. Miller en un texto de hace muchísimo tiempo, *Síntoma y fantasma*, y algunas otras cosas que se desprenden de allí relativas a la *ontología* del inconsciente. Hecha entonces la puntuación del recorrido que les propongo realizar en estos dos encuentros, podemos entonces comenzar.

Sobre el lugar de la investigación en el campo del Psicoanálisis.

Les comentaba recién sobre la posición de Freud acerca de la *investigación*, y les decía que hubo cierta intervención de Lacan que tuvo efectos un poco catastróficos sobre este término; y hay que

² Pulice, G.; Zelis, O.; Manson, F.; *Investigar la subjetividad*, Buenos Aires, Letra Viva, 2007; capítulo II. El tema será desarrollado en la segunda parte de esta conferencia.

³ Ídem; capítulo V.

ver cuál es el contexto en el que, por entonces, él se pronuncia... Hoy estamos, en este encuentro, hablando de Psicoanálisis en una *Universidad*, cuando en realidad la compatibilidad del discurso analítico con el discurso universitario ha sido un tema muy arduo, también trabajado por Lacan en toda su complejidad, retomando aquello que Freud planteaba en relación a los imposibles para el Psicoanálisis. Para las universidades, abrirle las puertas al Psicoanálisis no fue un movimiento que se diera de un día para el otro; y a los psicoanalistas tampoco fue algo que les interesó de un día para el otro abrirse las puertas de las universidades. En ese momento, en el año 64, que es cuando Lacan se desvincula de las instituciones oficiales, él pronuncia esta especie de proclama, que termina cayendo como una sentencia sobre el concepto de investigación: «*Quisiera, desde ahora, evitar un malentendido. Se me dirá: de todas maneras, el Psicoanálisis es una investigación. Pues bien, permítaseme enunciar, incluso para los poderes públicos, para quienes este término de investigación, desde hace algún tiempo, parece servir de schibboleth, de pretexto para unas cuantas cosas, que no me fío de dicho término. En lo que a mí respecta, nunca me he considerado un investigador. Como dijo una vez Picasso, para gran escándalo de quienes lo rodeaban: no busco, encuentro*». ¿A qué se refiere Lacan, cuando dice «*como pretexto para unas cuantas cosas*»? De lo que está tomando distancia aquí es del manejo burocrático de las instancias de investigación en el ámbito académico tal como eso aparecía planteado por entonces en Francia, en donde los dispositivos de investigación eran el pretexto para asegurarse algo más que una beca, y no conducían más que a la renovación de la beca del investigador y sus resortes de poder.

La verdad es que si uno lo piensa, sigue habiendo actualmente bastante de eso; no podemos decir que todo el andamiaje de la investigación en las universidades funcione así, pero Lacan en buena medida sigue teniendo razón... El problema es que hubo allí un desvío, un malentendido, y eso que él estaba cuestionando en relación al andamiaje burocrático, termina deslizándose sobre el concepto mismo de *investigación*. Más adelante nos encontramos con un posicionamiento distinto de Lacan, que dice «*...comienzo a hacer lo que implica el término búsqueda: a girar en redondo...*». Estamos ahora en el momento de los nudos, con toda su atención puesta en la topología, es un pasaje del seminario 23: «*Hubo un tiempo en el que yo era un poco estridente. Decía como Picasso —porque eso no es mío— yo no busco, encuentro. Pero ahora me cuesta más desbrozar mi camino*». Nos encontramos con un Lacan que, podría decirse, o dejó de encontrar, o ya no encontraba tan fácilmente. Además se le presentaba otra dificultad, que tiene que ver con lo que va a pronunciar dos años después: «*Actualmente no encuentro, busco. Busco, e incluso algunas personas no encuentran inconveniente en acompañarme en esta búsqueda*». Dice esto, pero también dice que muchas veces tiene la sensación de hablarle a las paredes. De hecho, se puede decir que en los últimos años Lacan produce un fuerte avance en sus conceptualizaciones —a partir, fundamentalmente, de su giro *borromeo*—, pero sin embargo aún no puede decirse que se hayan terminado de extraer todas las consecuencias clínicas de esas formulaciones de Lacan, de las que pocos parecen haberse podido consustanciar lo suficiente como para aplicarlas en su propio trabajo clínico. En el campo del Psicoanálisis, por ejemplo, nos seguimos manejando con las categorías nosográficas previas; cuando, en realidad, lo que Lacan introduce con esta formulación de los nudos viene a poner en cuestión de manera radical el ordenamiento nosográfico precedente.

Hay un texto muy interesante de Colette Soler, *La querrela de los diagnósticos*, en el que la autora sitúa justamente eso, que quedó ahí algo que Lacan no llegó a desarrollar porque no le dio el tiempo, y puede decirse que los analistas todavía estaban demasiado ocupados en desbrozar todo lo que él había introducido en una época previa que fue también muy compleja, a partir de

la formalización del objeto *a* y todo lo que vino después, la lógica del fantasma, el seminario sobre el acto psicoanalítico, los cuatro discursos, en fin... Recuerdo lo que comentaban sobre las intervenciones descabelladas que comenzaron a ensayar los analistas en el momento en el que tuvo difusión el seminario sobre *El acto psicoanalítico*, y las cosas tan particulares que se generaron a partir de eso, cuando Lacan proponía una clínica en la que ya hacía tiempo aparecía tomando distancia de ese primer momento relativo a la prevalencia del orden simbólico y el trabajo sobre el significante. De algún modo Lacan transita los mismos tiempos que va transitando Freud, ¿no? En Freud nos encontramos con todo un primer momento en donde prevalece la fascinación por el descubrimiento del inconsciente y su interpretación. Freud mismo lo dice: «*El análisis, la interpretación y la traducción de los síntomas neuróticos han atraído tanto a los psicoanalistas, que por dedicarse a ellos descuidaron al comienzo los otros problemas de la doctrina de la neurosis*»⁴. Cuando dice *los analistas* en realidad estaba hablando de sí mismo, pues era él quien iba a la cabeza de ese movimiento.

Bueno, nos encontramos retomando esta concepción freudiana, lo que les adelantaba hace un ratito en relación a esta expresión de puro cuño freudiano, el *poder terapéutico* del Psicoanálisis, y que nos lleva a una interrogación muy fuerte al conjugarla con el concepto de *abstinencia*. Esto tiene que ver con ciertas preguntas que nos hacíamos recurrentemente, acerca de qué motivos podrían hacer interesante la investigación en el campo del Psicoanálisis, ¿para qué investigar...? Y en ese sentido, una de las respuestas que fuimos encontrando tiene que ver con la apuesta por la producción y la articulación de aquellas herramientas conceptuales y técnicas necesarias para revitalizar la eficacia de nuestra *praxis*, en la búsqueda de una mayor precisión en la especificidad de cada una de las áreas clínicas de actual incumbencia del Psicoanálisis.

Esto se conjuga con una realidad de tendencia muy pronunciada en los últimos veinte o treinta años; incluso hay experiencias de muy antigua data en nuestro país, por ejemplo en la época de Pichón Rivière en el *Hospicio de Las Mercedes* de los años 40 —hoy conocido como *Hospital Psicoasistencial Interdisciplinario "José Tiburcio Borda"*—, o las experiencias en el *Lanús* de Mauricio Goldemberg, donde ya ahí nos encontramos con un trabajo sostenido durante muchos años, desde fines de los años 50 y durante toda la década del 60 hasta principios de los 70. Un tiempo raro, porque nos encontramos con lo extraordinario del hecho de que haya sido posible sostener esa experiencia en una continuidad, en un período histórico en el que la orientación política en el país fue muy cambiante, donde se alternaban gobiernos civiles y militares con las características que suelen tener estos cambios, en los que lo primero que se hacía era descabezar las distintas instancias directivas de las organizaciones e instituciones del ámbito público. Para mí es un enigma cómo es que Goldemberg pudo sostener esa experiencia durante tantos años, pero bueno, lo cierto es que ahí nos encontramos con un ejemplo paradigmático de lo que ha sido la inclusión de los psicoanalistas en el campo de la salud mental, especialmente en el ámbito público. Digo esto porque en la medida en que se empieza a producir esa inclusión de los analistas en las diversas instancias institucionales del ámbito público, cada una con sus distintas especialidades y orientaciones, empieza a producirse en nuestro país un cruce muy complejo pero a la vez muy fecundo...

Podríamos situar otro hecho que tuvo una incidencia muy fuerte, venida del ámbito universitario, a partir de que se produce el retorno a la democracia en el año 1983 con el gobierno de Raúl Alfonsín, una de sus consecuencias es el ingreso a la universidad con cupo irrestricto. Entonces empieza un complejo proceso de transformación que incluye cierta proletarianización de las

⁴ Freud, S.; *El sentido de los síntomas*, 1916.

profesiones liberales... Por ejemplo, en el momento en que yo mismo ingresé a la *Carrera de Psicología* (UBA), a comienzos de 1983, —todavía ni siquiera era *Facultad*, y estaba en la órbita de *Filosofía y letras*— ingresamos tan solo 280 alumnos; y había 800 alumnos en toda la Facultad. Al año siguiente ingresaron a primer año unos 1000 alumnos, con lo cual, en un solo año se duplicó la población de estudiantes de *Psicología*. En los años siguientes, se multiplicó el ingreso de camadas cada vez más numerosas. Con lo cual se pueden imaginar, de allí en adelante, lo que empezó a ser el problema de la inserción profesional, cada año, de miles de licenciados en *Psicología*, en un contexto socioeconómico que no fue generando para nada las condiciones propicias para absorber esos mismos profesionales que producía.

Eso dio lugar a que buena parte de esa población de psicólogos —muchos de ellos de orientación psicoanalítica—, en parte por el interés, en parte por la necesidad, empezaron a tener un encuentro mucho más asiduo con una población de pacientes a la que no estaban habituados los psicoanalistas; pero que, por otra parte, formados esos profesionales en la *Universidad Pública*, e interesados al mismo tiempo en las enseñanzas y las ideas del Psicoanálisis, muchos de ellos hicieron una fuerte apuesta a sostener sus premisas y su posición ética en las diversas instituciones donde fueron encontrando algún lugar de inserción. En ese sentido, se abre también un campo muy importante de investigación en ciertas áreas clínicas que requieren una exploración y conceptualización profunda de las peculiaridades de su abordaje: además de las psicosis, podemos nombrar otras, como el trabajo con pacientes de la tercera edad, el abuso de sustancias tóxicas, los trastornos alimentarios, el autismo y la psicosis infantil, etc. Esto podemos ponerlo en conexión con un señalamiento muy claro por parte de Lacan, por lo menos en dos momentos, y en relación a dos temas distintos. Uno es en su *Cuestión preliminar sobre el tratamiento posible de las psicosis*, donde él dice claramente —en plena sintonía con la posición freudiana— que no podemos abordar las psicosis desde el Psicoanálisis con el dispositivo pensado originariamente para las neurosis: sería «*echar los bofes en el remo cuando el navío está en la arena*». Hay que aclarar que no se trata, para Lacan, de que aquel paciente que no encaja en el dispositivo pensado para los neuróticos debe quedar fuera del campo del Psicoanálisis, sino que —por el contrario— esto obliga a los psicoanalistas puestos a trabajar en cada una de esas áreas clínicas específicas a repensar tanto la modalidad de sus intervenciones, como las especificidades a tener en cuenta en la configuración del dispositivo con que se los aborda, para que esas intervenciones tengan chances de alcanzar alguna eficacia...

Formulación que coincide con lo que proponía en su *Introducción teórica a las funciones del Psicoanálisis en criminología*, donde comienza por diferenciar, en la búsqueda de la verdad, lo que es del orden de la verdad del crimen en su aspecto policíaco, de la verdad del sujeto: «¿*De qué forma —se pregunta— pueden ayudar a esta búsqueda la técnica y los conceptos acuñados por el Psicoanálisis?*» En primer lugar —dice— es necesario «...*fijar sus límites legítimos, y no ciertamente para propagar la letra de nuestra doctrina sin preocupación de método, sino para repensarla, como nos es recomendado hacerlo incesantemente en función de un nuevo objeto...*» (Lacan, J., 1950). En ese sentido, fíjense que hay una apuesta de Lacan que no es solamente la de alentar a sus analizantes o supervisandos a una lucha destinada al fracaso, sino que había realmente una apuesta muy fuerte de su parte a que ese trabajo podía dar sus frutos. Lo que incluye renovar las herramientas con las que el Psicoanálisis aborda cada una de esas poblaciones de pacientes específicas, sin que eso ponga necesariamente en cuestión la *Ética del Psicoanálisis*. Es decir, se trata de sostener la apuesta al sujeto deseante, en donde la precisión con la que se vaya determinando la configuración, en cada caso, del dispositivo de abordaje adecuado, resultará decisiva para la eficacia de esa intervención, pues de ello depende que se

generen las condiciones en las que el sujeto pueda pronunciar al menos *una* palabra propia... Entonces, ahí ya no pensamos que el dispositivo son los muebles, el diván, el sillón, la lámpara, el acolchado freudiano... ¿vieron qué linda es la foto del consultorio de Freud...? Lacan no nos dice *qué*; lo que nos dice es que no importa *qué*, lo que interesa es que todo eso que se introduzca en la reformulación del dispositivo, en la producción de recursos nuevos, en la reelaboración de la doctrina, se sostiene éticamente desde el campo del Psicoanálisis en la medida en que pueda estar al servicio de que el sujeto pronuncie *al menos una palabra propia*, es decir, que se puedan generar en el abordaje de cada sujeto las condiciones de analizabilidad...

El otro término que situábamos como problemático tiene que ver con lo *terapéutico* del *poder terapéutico*. Cuando Freud habla del *poder terapéutico* del Psicoanálisis, parece como si nos hiciera pensar en cierta eficacia terapéutica, en el poder de curación, en el poder sanador. Sin embargo, desde el campo del Psicoanálisis se sostuvo —y se sostiene, porque no es que sean posiciones que hayan dejado de coexistir, y hay quienes aún siguen sustentando esta posición— lo que se ha sostenido prevalentemente es que si tales *efectos terapéuticos* llegaban a producirse en el recorrido de un análisis, era sólo por añadidura, como si el analista debiera desentenderse de que sus intervenciones o el recorrido de un análisis por él conducido produjera algún efecto en ese sentido, como si fuera algo ajeno al interés de los psicoanalistas.

No obstante, esto se puede entender de otra manera, tal como se desprende de lo manifestado por algunos analistas que podemos tomar como referencia: uno de ellos es Daniel Millas, quien desde hace ya muchos años —por lo menos quince—, es el director del *Hospital de Día* del *Hospital Álvarez*, un servicio muy prestigioso que funciona en un hospital público y que tiene una circulación, una afluencia muy importante de alumnos de la *Facultad de Psicología* y de otras facultades que hacen allí sus pasantías, y también hay concurrentes y residentes. Bueno, él decía que «...podemos hacer nuestra la afirmación de que si no fuera por los resultados terapéuticos, el Psicoanálisis no sería más que un delirio». Tomaremos otro fragmento de un libro también muy interesante, en este caso de Eric Laurent, uno de los miembros más reconocidos de la *Asociación Mundial de Psicoanálisis*. Ya el título del libro, *Psicoanálisis y Salud Mental*, en ese momento resultaba totalmente provocador para cierto sector del *Psicoanálisis lacaniano*, poner en conversación al Psicoanálisis y la *Salud Mental*. En la contratapa del texto dice: «Ante los desafíos que presenta la salud mental, el autor explica por qué el Psicoanálisis es una práctica eficaz, y por qué puede seguir sosteniendo esta eficacia, que, al presentarse como el revés del lugar del sentido dentro de la civilización, tiene su importancia sobre el síntoma, especialmente en un siglo XXI en el cual lo que no tenga eficacia no va a tener lugar». Esto cobra una importancia muy fuerte en un momento en donde se puede decir que hay una descarnada lucha de poder en el campo de la salud mental. No sólo en nuestro país; en Francia hace unos pocos años hubo una situación que generó una polémica muy fuerte, en relación a la regulación de las psicoterapias por parte del Estado. Esto generó distintos posicionamientos entre los psicoanalistas; desde decir «Que saquen la ley que quieran, si total esto no nos incumbe, si el Psicoanálisis no es una psicoterapia», hasta quienes también entendieron que esa posición era dejar a los psicoanalistas marginados de una cantidad de espacios de trabajo que también eran interesantes, incluso esenciales para algunos de ellos; por ejemplo, todo lo relativo a la regulación de la práctica clínica en el ámbito de las obras sociales, los seguros de salud, el ámbito hospitalario, en donde dejar que se promulgara una ley así, pensando: «Que pongan lo que quieran, total a mí no me toca la ley», por lo menos podemos decir que es una posición un tanto curiosa.

Nosotros nos encontramos en nuestro país con algo que aparece planteado de otra manera... se está avanzando en la promulgación de leyes en el campo de la salud mental; en la Ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, se promulgó en el año 2000 la ley 448, y luego la Ley Nacional N° 26657 sancionada en 2010... Se promulgó la ley, pero hacerla de cumplimiento efectivo sigue siendo una batalla campal, dándose situaciones tales como que queda un cargo vacante porque se jubiló un psiquiatra en determinado hospital, y entonces hay que concursar el cargo, y se arma cada batahola...!!! Porque para buena parte de la corporación médica es inadmisibles que los psicólogos —no hablemos ya de psicoanalistas, porque eso sería delirante—puedan concursar de igual a igual con ellos para disputar un cargo hospitalario de dirección. En ese sentido, lo que sí podemos ver es que, por ejemplo, la regulación de las psicoterapias por parte de las obras sociales, ante la falta de una legislación nacional, aparece dominada por la conveniencia de las empresas, esto es, el *ideal* de las terapias cortas y eficaces, en donde se asimila equívocamente lo corto a lo eficaz. Lo que permite entender que haya una predilección por ciertas orientaciones clínicas como el *conductismo* o las *psicoterapias breves*, en desmedro del Psicoanálisis. No obstante, no es exagerado decir que lo que en realidad sucede es que se coarta el libre albedrío del usuario. Estaba leyendo, a propósito de todo el revuelo que se había abierto en Francia, una intervención de J. A. Miller, quien decía que los psicoanalistas conquistaron un campo muy importante habida cuenta de la cantidad de gente que se ha encontrado no sólo con la posibilidad de leer sobre las experiencias de los analistas, sino de hacer uso de eso, de beneficiarse y de tener sus experiencias de análisis... digámoslo en términos comerciales: se generó una clientela que ahora de pronto aparece cercenada por la *Dirección Médica* de las distintas obras sociales que eligen por el usuario cuál es la orientación que el usuario debe escoger para su tratamiento psicológico, se lo priva de una elección allí donde el usuario podría decir: «*En mi obra social, tengo conductistas, tengo psicoanalistas, tengo análisis del yo, tengo lo que sea, y puedo elegir lo que quiero...*». Bueno, esta es una elección que aparece de antemano cercenada... Creo que es algo para pensar, porque tiene que ver con poder situarnos como psicoanalistas, pero también con una posición profesional entrelazada a las cuestiones ciudadanas, en cuanto somos también...
Alumno: Quería comentar la experiencia de una persona conocida que, al momento de iniciar una terapia por su obra social, no salía aclarado, pero parecía que había psicólogos de las distintas clínicas; pero la obra social le reconocía doce sesiones. De esa manera se está coartando el trabajo analítico, porque se sabe que en comparación con otros es un poco más extenso.

Sí, reconocer doce sesiones sería una apuesta a una cura milagrosa; uno podría decir que mejor, con ese dinero, por qué no consultar a una bruja, que puede tener más chances de liberarlo de algo en doce encuentros. Sí, efectivamente; en cada *Obra Social* se plantean problemas distintos, porque en la paleta de las obras sociales nos encontramos con manipulaciones de distintos colores; no todas se manejan igual. Algunas tienen reintegros sin importar la orientación que tenga el psicólogo. Sí tiene que tener un título habilitante, entonces hay cierta cuestión también problemática para algunos psicoanalistas, pero yo creo que prevalecen en otra generación; no viene al caso decir nombres, pero hay psicoanalistas muy reconocidos que no tienen título universitario, que en su momento no se planteaban como una opción si tenía sentido estudiar la carrera de psicología en una universidad; «*No tiene sentido, porque voy a hacer la carrera de Psicología, no tiene nada que ver esto con el Psicoanálisis, o muy poco, y puedo tener una formación de calidad fuera del ámbito universitario*». Actualmente eso es algo que se viene revirtiendo, creo que muy saludablemente; que hoy estemos aquí tiene que ver con eso. El hecho de que se hayan ido abriendo instancias académicas de especialización y de excelencia en

universidades privadas, y en la UBA también se cuenta actualmente con una oferta de capacitación de posgrado muy importante, con equipos de docentes muy reconocidos en el campo del Psicoanálisis, y de diversas escuelas e instituciones.

Lo interesante que tiene el ámbito universitario como valor agregado, a mi gusto, es que es el único que sostiene una circulación de discursos, que le agrega un *plus* con respecto a la formación de las *escuelas*. Por supuesto, no todos los analistas que pertenecen a la misma escuela se encuentran situados en el mismo nivel —voy a decirlo de una manera fuerte— en el mismo nivel de alienación... Digo, no necesariamente alguien que participa de un trabajo institucional es un alienado, alienado al discurso de la institución. Pero sí encontramos, en cualquier institución, algo que puede apreciarse en los trabajos que se presentan en sus respectivas *Jornadas* y *Congresos*, suele haber allí una repetición de textos y de citas, en general son tres o cuatro los autores que se citan, y hay poca producción propia de los analistas; hay como un achatamiento discursivo en ese sentido. No digo que sea una cosa universalizable, porque también es cierto que todas las instituciones más reconocidas están habitadas también por quienes han ido produciendo trabajos de investigación muy fuerte, que han sostenido el discurso y la presencia del Psicoanálisis. Y eso no es algo que se pueda soslayar...

C. Brandi: Una de las cosas importantes de esta Facultad es que hoy tenemos gran parte del alumnado que está investigando en Psicoanálisis, están haciendo las prácticas clínicas de quinto año en el área psicoanalítica. Gran parte del público que tenemos son los alumnos de quinto año que están haciendo las prácticas en Psicoanálisis, en la Clínica Psicoanalítica, y es como se ha sostenido la enseñanza del Psicoanálisis en la Universidad, que sabemos que es diferente de lo que se llamaría la formación del analista. Pero están seguramente muy ávidos de escucharte cómo se investiga en Psicoanálisis, esto que vos traés en tu libro acerca del niño carnicero, el niño de los cerdos. Es lo que más o menos les conté y los entusiasmé, los crímenes, en los cuentos de Sherlock Holmes...

Bueno, en todo caso, el desarrollo de los otros temas que acabamos de introducir pueden ubicarlo en la bibliografía. Vamos a ver entonces lo que más nos interesa, y que tiene que ver con la introducción a la problemática del objeto y el método de investigación.

Acerca del objeto y el método...

Les decía que íbamos a tomar, en relación a ello, algunos comentarios de Heisenberg, comentarios venidos desde el campo de la Física. Lo tomamos porque sintoniza muy bien con la posición de Lacan en relación a este mismo punto. Dice: «*El objeto de la física no ha sido siempre el mismo, y en los últimos periodos se ha producido una importante transformación. Su objeto ya no es, como en los inicios, la naturaleza objetiva. Él puede ahora, más bien, definirse como la interacción entre el hombre y la naturaleza*». De modo que en la ciencia, el objeto de la investigación no es la naturaleza en sí misma, sino la naturaleza sometida a la intervención del hombre. Se llega a esta conclusión, entonces, al hacerse patente que el método de observación altera, modifica y sobredetermina algunos aspectos del objeto observado. La ciencia natural — sostiene Heisenberg— no es ya un espectador situado ante la naturaleza; antes se reconoce a sí misma como parte de la interacción del hombre y la naturaleza. El método científico, consistente en abstraer, explicar y ordenar, ha adquirido conciencia de las limitaciones que le impone el hecho de que la incidencia del método modifica su objeto y lo transforma, hasta el punto — fíjense qué interesante lo que dice— que ***el método no puede distinguirse del objeto***. Es decir que, así como el objeto condiciona al método, el método produce el objeto. Fíjense las consecuencias que esto tiene para pensar estas cuestiones en relación a nuestro campo de

investigación. Podríamos decir que en este sentido, Freud, al introducir el concepto de *transferencia* ha sido pionero en algo que, como vemos aquí, luego se ha podido extrapolar a otros ámbitos del conocimiento científico.

El libro que citaba es *La imagen de la naturaleza en la física actual*, la «física actual» es allí la de 1950. No mucho tiempo después, en 1964, dice Lacan: «*Lo específico de una ciencia es tener un objeto. Puede sostenerse que una ciencia se especifica por un objeto definido, al menos, por cierto nivel operativo, reproducible, al que se llama experiencia. Pero hay que ser muy prudentes porque este objeto cambia, y de manera singular, en el curso de la evolución de una ciencia. No se puede decir que el objeto de la física moderna es el mismo ahora que en el momento de su nacimiento, el cual, se los advierto desde ahora, es para mí el siglo XVII. Y el objeto de la química moderna ¿es acaso el mismo que el del momento de su nacimiento, que situó en Lavoisier?*». Poco después, en *La ciencia y la verdad*, texto en el que se formaliza lo esencial del seminario sobre *El objeto del Psicoanálisis* (Lacan, 1965 / 66) —hay algunas precisiones por venir, estamos en la antesala del seminario sobre la lógica del fantasma— encontramos unas cuantas cosas sorprendentes en este comentario de Lacan: «*El objeto del Psicoanálisis (...) no es otro sino lo que he adelantado ya de la función que desempeña en él el objeto a. ¿El saber sobre el objeto a sería entonces la ciencia del Psicoanálisis? Es muy precisamente la fórmula que se trata de evitar, puesto que ese objeto a debe insertarse, ya lo sabemos, en la división del sujeto por donde se estructura muy especialmente, de eso es de donde hemos partido hoy, el campo psicoanalítico. Por eso era importante promover primero, y como un hecho que debe distinguirse de la cuestión de saber si el Psicoanálisis es una ciencia (si su campo es científico), ese hecho precisamente de que su praxis no implica otro sujeto sino el de la ciencia*». Es esta una afirmación de Lacan de un impacto muy fuerte, muy fuerte si consideramos todo el cuestionamiento de los mismos psicoanalistas respecto a la asimilación del Psicoanálisis con la ciencia, lo ajeno que para el Psicoanálisis ha resultado el discurso científico, al punto que durante muchísimo tiempo parecían ser mundos completamente heterogéneos. Y sin embargo aquí Lacan nos dice que la praxis del Psicoanálisis no implica otro sujeto que el de la ciencia. Ahora vamos a ver qué quiere decir eso, y ése va a ser hoy nuestro punto de llegada, así dejamos un ratito para que haya alguna pregunta, alguna conversación sobre lo que vimos hasta aquí.

¿A qué se refiere Lacan, al revelar esta tensión entre *Saber* y *Verdad*, ahí donde sitúa al sujeto de la práctica analítica en los mismos términos que al sujeto de la ciencia? Para eso vamos a introducir un concepto que no proviene del Psicoanálisis pero que a nosotros nos ha resultado de mucha utilidad, y ha pasado a ser una herramienta de pensamiento muy importante, el concepto que Charles Sanders Peirce retoma de Aristóteles: se trata de la *abducción*. Lo introducimos como un modo de inferencia que se distingue de la *deducción* y de la *inducción*, que son los modos de inferencia en que habitualmente se ha movido el discurso científico positivista.

Lo que introduce como novedoso el concepto de abducción —no lo voy a desarrollar hoy, espero poder abordarlo mañana en mayor profundidad— es que es el único modo de inferencia que permite el enlace entre lo simbólico y lo real. ¿Qué quiere decir esto? Ni más ni menos que aquello que le interesa, esencialmente, al investigador: cómo procesar, cómo conceptualizar, cómo entender, cómo captar el *hecho sorprendente*. El hecho sorprendente es aquello que se revela poniendo en cuestión el manto de saber que nosotros sosteníamos previo a ese encuentro. El hecho sorprendente es, por ejemplo, el encuentro de Freud con lo inconsciente. Sobre el hecho sorprendente va a decir un filósofo muy querido por nosotros, Jaime Nubiola —fundador del *Grupo de Estudios Peirceanos* de la Universidad de Navarra, en Pamplona— que no se trata del

encuentro con una mera irregularidad, pues cuando uno se encuentra entre las cosas del mundo con irregularidades, en realidad esas irregularidades pueden pasar a ser parte de lo habitual; nadie se sorprende porque al atravesar un bosque nos encontremos con formas irregulares en los árboles. Lo que nos sorprende es si vamos atravesando un bosque y de pronto nos encontramos con toda una serie de árboles iguales, ahí sí eso pasa a ser un hecho sorprendente. El bosque de coihues enanos en el lago Epulafquen, en nuestra provincia de Neuquén, por ejemplo, nos invita a averiguar a qué se debe esa alteración, en una especie de árboles que miden habitualmente unos 40 metros de altura. Entonces, lo que va a decir Pierce es que el hecho sorprendente no es el encuentro con una mera irregularidad, sino el encuentro con una *regularidad inesperada*. Es uno de los modos que vamos a ensayar para nombrar provisoriamente el encuentro con lo real: «*el encuentro con una regularidad inesperada*». Fíjense que no hace falta que forcemos demasiado las cosas para ponerlo en conexión, por ejemplo, con la *compulsión de repetición*.

El encuentro con una regularidad inesperada nos obliga a introducir para su captación herramientas que nada tienen que ver con los procesos de pensamiento relativos a la *inducción* o a la *deducción*. Por el contrario, lo que ahí está en juego tiene que ver con la captación de algo que nos obliga a intentar entender, por un lado, qué lo causa; pero además, y fundamentalmente, nos revela una *presencia* que anteriormente no se había manifestado o, si se había manifestado, nadie lo había notado en esos términos; tal vez sí se había notado como la presencia de una irregularidad, por ejemplo, es así como se entiende el síntoma desde el campo de la psicología y desde la psiquiatría clásica. El síntoma pasa a ser una irregularidad que la clínica de la psiquiatría y la psicología se proponen eliminar, o al menos reeducar en los cánones de la normalidad. Es decir, su intelección en términos de una irregularidad nos lleva a otra modalidad de intervención, que es la de suprimir la irregularidad, o asimilarla a lo conocido, aquello que podemos situar en términos del «*saber sabido*». Por el contrario, reconocer allí una *presencia* en términos de una *regularidad inesperada* nos obliga a interrogarnos por la naturaleza de esa presencia, por la ontología de esa presencia, por las causas de esa presencia. Y también, en el campo de la clínica analítica, nos lleva a interrogarnos acerca de qué es lo que podemos hacer con ella.

Esto tiene que ver con ese giro que se produce a partir de *Recordar, repetir y reelaborar*, en donde ya Freud sitúa claramente que lo relativo a la mera interpretación de síntomas queda en un segundo plano, puesto que ahí, en el trabajo clínico, nos las tenemos que ver con una *presencia*, con algo que tiene todas las características de un *poder actual*. Vieron que él dice esta frase tan repetida de que no se puede combatir a un enemigo *in effigie*, en ausencia. Pero esa presencia, dice también, nosotros mismos la convocamos, es invocada por el dispositivo, en el que el analista es la carnada para que *ello* se manifieste... Y, bueno, si invocamos a los demonios no es para luego salir corriendo cuando aparecen; tenemos que ponernos a pensar qué hacemos una vez que *eso* que habita al sujeto se manifiesta...

Yo llegaría hasta acá con mi exposición de hoy. Me gustaría que podamos conversar... Antes de eso, tengo miedo de olvidarme, dado que tuvimos algunas desprolijidades técnicas en el inicio, yo tuve también la desprolijidad de olvidar mis sinceros agradecimientos para Hilda⁵, para María Cristina Brandi, la verdad es que ha sido un gusto muy grande para mí desde el momento del primer contacto que hemos tenido, cuando pensar en el 21 de mayo del 2010 era un poco ficcional, porque estábamos en el 2008... Pero estamos aquí, y mi agradecimiento realmente para ustedes, y para todos ustedes que se acercaron.

⁵ Mgter. Hilda Karlen, Directora de la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad del Aconcagua.

Bueno, vayamos a los comentarios...

Alumno: Sobre el tema de la relación entre Psicoanálisis y ciencia, uno empieza a reconocer la «ciencia», ver cuál es el método científico, cuál es el objeto, cosas que tal vez en su momento Freud no se preguntó, tal vez porque es una ciencia que estaba armando él, que se iba armando colectivamente; y en el momento de decir «se reconoce o no al Psicoanálisis como ciencia», ¿cuál es verdaderamente la importancia?

Viene muy bien la pregunta para poder situar algo muy interesante, que es que en realidad no es que el Psicoanálisis se acercó a la ciencia, sino que la ciencia se ha ido acercando al pensamiento científico de Freud, a los términos en que Freud pensaba científicamente como investigador. Hoy hablamos de *física cuántica*, de *lógicas inconsistentes*, son no sólo conceptos, sino teorías científicas muy fuertes y de plena vigencia, y que van a la cabeza de la investigación científica, a contramano... digamos, no podrían tener ningún lugar en el campo de las ciencias positivistas. Cuando Freud dice, en *Lo inconsciente* (1914), que la naturaleza de lo inconsciente nos obliga a repensar los *aprioris* kantianos del espacio y el tiempo, se estaba adelantando un siglo, bueno, un siglo no, pero por lo menos cincuenta años al pensamiento científico...

Alumno: Yo me refería un poco a que, por ejemplo, en las ciencias duras es más fácil identificar todo esto del método, del objeto, y a veces en las ciencias blandas, sobre todo en las ciencias sociales, cuesta un poco más, y a veces la ciencia o lo que quiere ser ciencia trata de hacer este esfuerzo de mostrar cuál es su método y mostrar cuál es su objeto. En realidad cuando uno habla de “teoría científica”... yo diría, en el ámbito del Psicoanálisis cuando se habla de teoría con poder curativo o con poder terapéutico, como estaba hablando usted, ya le da una importancia, que sea científico o no. Parecería más esto, como dice Lacan, de que el deseo último del hombre es el deseo de reconocimiento y en realidad no tiene la importancia de que se diga que es científica, listo, entonces tiene poder terapéutico...

En ese sentido, no sé si tener muchas esperanzas en cuanto al reconocimiento del Psicoanálisis como una ciencia de parte de ciertos ámbitos de poder. Sí muchos científicos se analizan, Heisenberg habla como un tipo analizado. La verdad es que nunca lo investigué, y le propongo investigarlo a quien le interese, pero Heisenberg habla como quien ha atravesado una experiencia de análisis. Les decía recién que la ciencia fue hallando la posibilidad de pensar ese encuentro con lo real en términos que se aproximan mucho al pensamiento de Freud... Lo que pasa es que un autor como Peirce, recién ahora, desde hace veinte o treinta años, empieza a ser considerado no sólo a partir de los conceptos que introdujo en relación a la creación de la semiótica... Bueno, Peirce es el autor de una obra descomunal; para que ustedes se den una idea, sería el equivalente a unos cien tomos de las obras completas de Freud, unos cien tomos de Amorrortu. Imagínense si Freud hubiera escrito cien tomos, lo que sería para nosotros... Bueno, los textos de Pierce se van traduciendo de a poco, pero la introducción del concepto de *abducción* y el modo de conceptualizar lo *real* en Pierce se anticipan a la ciencia del siglo XXI; y no es casual que sea un autor que cobra plena vigencia cien años después de su muerte, Pierce muere en 1913, pero la dirección que toma el discurso científico... por ejemplo, uno de los temas más apasionantes de la investigación científica actual es el tema de los agujeros negros. Si ustedes tienen interés, busquen con el buscador de Google; hay algunos videos de la BBC de Londres en español —o en inglés para quienes dominan el inglés— sobre los últimos descubrimientos en relación a los agujeros negros. Durante mucho tiempo se pensaba que había agujeros negros en algún lugar del universo, algunos se empezaban a encontrar... Ahora resulta ser que no hay una sola galaxia que no tenga en su centro un agujero negro. Fíjense si pensamos eso en relación a la estructura del

aparato psíquico y el objeto *a...* Hay un umbral más allá del cual la fuerza gravitatoria del agujero negro hace imposible saber qué es lo que pasa allí adentro, salvo por sus efectos...

Alumno: Esto estaría relacionado con una regularidad inesperada.

Claro, y que se descubrió hace unos pocos años, esto de que hay un agujero negro en el centro de cada galaxia; y que, además, el tamaño de cada galaxia guarda proporción con el tamaño del agujero negro —tal vez podríamos pensar las cosas análogamente, como que el tamaño de una neurosis guarda proporción con ciertas características del objeto *a...* Pero fíjense que este es un descubrimiento nuevo, que aproxima la astronomía a las conceptualizaciones de lo real con las que nosotros venimos lidiando desde que Lacan introduce los tres registros.

Alumna: En lo que veíamos de Heisenberg y el deseo del investigador me pregunto —y con esto último que veíamos (...inaudible...) si es el mismo el deseo del analista que el deseo del investigador...

Bueno, yo creo que habría que pensarlo en los mismos términos, en donde esa tensión entre *Saber y Verdad*, ahí donde el investigador —o cualquier persona dedicada a lo que fuera en el campo del conocimiento— de pronto se encuentra en su camino con algo que le llama la atención, algo desconocido que llama su atención y que lo mueve a saber cómo es que eso funciona. Es la tensión que se produce en el sujeto que tiene que decidir de pronto cómo tolerar la angustia que se produce en el encuentro con algo frente a lo cual el saber con el que cuenta le resulta insuficiente, es decir, lo precipita a una posición relativa a la castración, es el encuentro con un agujero en su saber... Ese contratiempo no todos los sujetos lo resuelven de la misma manera. Una de las formas de resolverlo es producir cierto forzamiento, en la dirección de hacer encajar esa *regularidad inesperada* con el manto de saber con el que contábamos previamente. Entonces se buscan todas las formas posibles de entender esa presencia inesperada con el bagaje de conocimientos que tenemos. Es ésta una forma de intentar dominarla. Por supuesto, como toda regularidad inesperada —y como dice Freud en relación a lo inconsciente—, las regularidades inesperadas no resisten, sino que insisten. Por más que hagamos por taparlas o por reprimirlas, nos vamos a encontrar con su retorno. Ese retorno, o nos reposiciona, o nos sume en una angustia peor que la anterior, porque cada vez nos va a hacer sentir más castrados, al hacer evidente la *impotencia* de nuestro saber. En este sentido, hay una decisión del sujeto, entre retroceder hacia ese forzamiento, refugiarse en el manto de sus conocimientos, o aventurarse a ver qué es lo que su investigación puede deparar e ir al encuentro de esa verdad hasta las últimas consecuencias, hasta donde eso lo lleve. En este sentido, es **la misma decisión subjetiva** la que está en juego para el investigador, para el científico y para el psicoanalista. Nosotros, frente a la irrupción de cierta regularidad inesperada en el recorrido de un análisis, podemos abordarlo con las categorías diagnósticas y decir «*Bueno, es una histérica*», o «*Es un neurótico obsesivo...*», o «*Hay que hacer tal cosa o tal otra...*», o, como en algún momento, todos los analistas frente al silencio del sujeto respondían con un silencio peor, entonces el silencio era un recurso que se universalizaba para todos los pacientes... Otra cosa es, como Freud decía, poder situarse frente a cada caso como un nuevo caso, dejar ese saber en suspenso, que no es que no sirva para nada sino que es una referencia muy importante pero no suficiente. Y lo más importante, es que eso no obture la posibilidad de encontrarnos cada vez con el hecho sorprendente.

Pregunta inaudible.

Sí. De todos modos cabe una aclaración que es que el *deseo del analista* es un concepto que no se agota en pensar que el analista tiene ganas de analizar o tiene ganas de investigar. Es un concepto que tiene su connotación técnica muy específica y muy puntual; quizás tengamos ocasión de volver sobre esto mañana.

